

“En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Ella existía al principio con Dios” (Jn. 1,1-2).

## **II. “En el principio, la Palabra”.**

Quiero insistir en la construcción de nuestro plan de pastoral, en la primacía de la Palabra, que exige la conversión del corazón. De aquí quiero subrayar la necesidad de la Lectio Divina, la lectura, el estudio y la meditación de la Escritura, porque de esta Palabra emerge el núcleo central de nuestra predicación, de nuestra catequesis y de nuestros apostolados.

La primera en romper el silencio, en decir nuestro nombre, en dar un proyecto a nuestra vida, es la Palabra de Dios. Es en esta Palabra donde el nacer y el morir, el amar y el darse, el trabajo y la sociedad, encuentran su sentido último y una esperanza. El Cardenal Martini recomienda encarecidamente al acercarse a esta Palabra, la siguiente actitud: “quisiera que todos los que la leen participaran en el temor que me invade en este momento y se pusieran espiritualmente de rodillas conmigo para adorar con emoción y alegría el misterio de un Dios que se revela y se comunica, que se hace “Buena noticia” para nosotros, evangelio. Únicamente en esta actitud de oración y de obediencia profunda a la Palabra, siento que puedo decir algo, consciente de la insuficiencia de mis palabras para hablar de lo que es en realidad un misterio tremendo y fascinante” (2a. carta pastoral a la Arquidiócesis de Milán, 1981).

La Palabra que Dios nos ha comunicado en Jesús, que ha suscitado formas siempre nuevas de vida, que ha alimentado durante siglos nuestra tradición cristiana, puede ayudarnos a encontrar valores comunes y creativos. Para sintonizar con esta Primacía de la Palabra es preciso acercarnos a ella con una cierta sencillez humilde y desarmada, unida a una mayor atención al texto bíblico, tal como se desprende los estudios patrísticos y bíblicos recientes. Afortunadamente, he constatado que la predicación se va orientando cada vez más en este sentido. Pero puede surgir un nuevo riesgo: acercarnos al texto bíblico con una cierta actitud de enseñanza, como tratando de dar del mismo una explicación que tenga en cuenta las sutilezas y matices de las páginas de la Escritura, pero una explicación, que en todo caso se convierte en abstracta y cerrada en sí misma.

El ser humano no puede anticipar, determinar y decidir qué puede decir Dios al hombre, con cuánta intensidad y fuerza comunicativa. La única anticipación, la única decisión que compete al hombre frente a la Palabra es la de un silencio lleno de espera, de respeto y de obediencia. ¿Qué formas imprevisibles de comunicación ha decidido Dios emplear en su infinito amor? Lo imprevisible aconteció en Jesús de Nazaret. “La Palabra estaba junto a Dios, la Palabra era Dios, la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn. 1, 1-14).

Estas breves reflexiones sobre la Palabra de Dios, que ilustran sus diversos significados y aspectos, unificándolos y concentrándolos en Jesucristo, nos previenen para no aislar la Biblia que la fe reconoce como Palabra de Dios de un modo privilegiado y normativo, sino a situarla en el contexto de unas relaciones relevantes. Ante todo, la Biblia tiene su lugar en la Iglesia; el acceso a la Sagrada Escritura, por consiguiente, exige también una consonancia cordial y activa con la fe de toda la Iglesia. Esto debe sonar, antes que nada, como una llamada a estar de acuerdo con las indicaciones claras del Magisterio. De hecho, el ministerio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios escrita o transmitida ha sido confiado al único Magisterio de la Iglesia.

Es necesario que la Primacía de la Palabra sea algo vivido. Ahora, por lo que he visto no lo es tan evidente. Nos regulamos, también en el bien, a partir de algunas buenas costumbres y de algunos principios de sentido común; nos referimos a un contexto tradicional de creencias religiosas y de normas morales recibidas. En los mejores momentos sentimos un poco más que Dios es algo para nosotros, que Jesús representa un ideal y una ayuda. Pero, más allá de esto, por lo general apenas experimentamos cómo la Palabra de Dios puede llegar a ser nuestro verdadero apoyo y ayuda e iluminarnos sobre el “Dios verdadero”, cuya manifestación nos llenaría el corazón de alegría. Rara vez tenemos la experiencia de cómo el Jesús de los evangelios, conocido gracias a la escucha y la meditación de las palabras bíblicas, pueda llegar a ser verdaderamente “Buena Noticia” que nos transforme; cómo puede ahora para mí, en este momento particular de mi historia, hacerme ver desde una nueva y entusiasta perspectiva mi lugar y mi tarea en esta sociedad, darle la vuelta a la idea no tan correcta y triste que me había hecho de mí y de mi destino.

Por consiguiente, debemos acercarnos con humildad y veneración a la Palabra de Dios, proclamándola de una manera más atenta, sentida y preparada en las lecturas bíblicas de la Eucaristía. Por consiguiente, es urgente que nos acerquemos a esta Palabra de Dios, por medio de la frecuente Lectio Divina y a vivirla y profundizarla en “las escuelas de la palabra” parroquiales y de sus comunidades, que son reuniones de fieles en las que se enseña cómo leer un texto bíblico empleado sobre todo en la liturgia para saborearlo en la oración y aplicarlo a la propia vida.

Por tal motivo, es fundamental tener en cada comunidad católica, lo más pronto posible un proyecto de “Escuela de la Palabra” que nos acerque a Jesucristo y que ahí aprendamos a orar a partir de la Escritura. Esta Escuela de la Palabra de Dios es uno de los métodos posibles, pero no es el único. La idea de fondo: es que toda catequesis, toda predicación, toda homilía nos enseñe a ponernos frente a la Palabra, para que oremos todos a partir de la Palabra, Jesucristo.